

La señora de Lautréamont ocupaba la casa más bella de la ciudad; era el antiguo edificio de la Dirección General de Impuestos, construido en tiempos de Luis XV (¡casi nada!), y cuyas altas ventanas, decoradas de emblemas y conchas, eran la admiración de todo el que pasaba por la plaza mayor los días de mercado. Era un gran cuerpo de edificio, flanqueado por dos pabellones laterales unidos por una gran verja: el patio de honor con el jardín más bello del mundo se hallaba detrás del edificio principal. Descendía de terraza en terraza, hasta los bordes de las murallas, dominaba treinta leguas de campiña y, con la más bella disposición estilo XV, albergaba en sus bosquecillos estatuas licenciosas, todas más o menos atormentadas por las diabluras de las Risas y el Amor.

Por lo que respecta a los apartamentos, estaban revestidos de paneles esculpidos del más encantador efecto, adornados con espejos, y los parquets de toda la planta baja, curiosamente incrustados de maderas de las Islas, relucían como espejos. La señora de Lautréamont, que sólo ocupaba el edificio principal, había alquilado los pabellos de los laterales a sólidos inquilinos y obtenía de ellos buenas rentas; no había nadie que no deseara vivir en el edificio de Lautréamont, y era el sempiterno tema de las conversaciones de la ciudad.

¡La señora de Lautréamont! Había nacido con las manos llenas y siempre había tenido suerte: un marido constituido como un hércules, dispuesto a concederle todos los caprichos y que le permitía vestirse en París, en casa de un gran modisto; dos hijos que había colocado bien: la hija casada con un procurador del rey, y el hijo ya capitán de artillería o a punto de serlo; la casa más bella del departamento, una salud que la mantenía aún fresca y, desde luego, deseable a los cuarenta y cinco años y, para atender esta mansión principesca y esta salud casi indecente, una criada de las que ya no hay, el fénix, la perla de las criadas, toda la abnegación, todas las atenciones, toda la lealtad encarnadas en la criada Gudule.

Gracias a esta mujer maravillosa, la señora de Lautréamont tenía suficiente con tres domésticos, un jardinero, un lacayo y una cocinera para atender su inmensa mansión por la cantidad de sesenta mil libras. Era, sin duda, la casa más limpia de la ciudad: ni un grano de polvo sobre el mármol de las consolas, parquets peligrosos a fuerza de encerados, antiguos espejos ahora más claros que el agua de los manantiales, en todas partes, en todos los apartamentos, un orden, una simetría que hacía que el antiguo edificio de la Dirección General de Impuestos fuera citado como la primera casa de la

provincia, con la frase ya consagrada para referirse a una vivienda muy cuidada: «Se diría que estamos en casa de los Lautréamont.»

El alma de aquella sorprendente mansión era una criada solterona de mejillas aún frescas, de ojillos ingenuos y azulados y que, de la mañana a la noche, con el plumero o la escoba en la mano, seria, silenciosa, activa, no cesaba de frotar, cepillar, quitar el polvo, hacer brillar y relucir, enemiga declarada del más mínimo átomo de polvo. Los demás empleados la temían un poco: la de Gudule era una vigilancia terrible. Consagrada por completo a los intereses de sus patrones, no escapaba nada a sus pequeños ojos azules; siempre presente además en la casa, pues la solterona no salía nada más que para asistir a los oficios religiosos los días festivos y los domingos, bastante poco devota, por lo demás, y de ninguna forma asidua a la misa de las seis, pretexto diario para poder salir empleado por todas las viejas criadas.

En la ciudad no cesaban los elogios hacia aquel modelo de sirvientas y todos le envidiaban a la señora de Lautréamont su criada. Algunas almas poco delicadas no tuvieron escrúpulo incluso en intentar quitársela. Le habían ofrecido puentes de oro a Gudule, pues la vanidad había intervenido y en la sociedad incluso se habían hecho apuestas para ver quién lograba quitarle a la patrona a aquella pobre mujer; pero todo fue en vano. Gudule, de una fidelidad propia de otros tiempos, hizo oídos sordos a todas las proposiciones, y la felicidad insolente de la señora de Lautréamont se prolongó hasta el día en que la vieja criada, gastada, extenuada de trabajar, se apagó como una lámpara sin aceite, en su pequeña y fría buhardilla, justo por debajo del tejado, donde la señora de Lautréamont -hay que decirlo en su honor-, permaneció instalada durante tres días.

La criada Gudule tuvo la alegría de morir teniendo a su amada patrona a su cabecera. Los Lautréamont le hicieron un entierro adecuado. El señor de Lautréamont presidió el duelo; Gudule tuvo su concesión en el cementerio, flores frescas sobre su tumba al menos durante ocho días, y luego no hubo más remedio que reemplazarla.

Reemplazarla, no, porque eso era algo imposible, pero al menos introducir en la mansión a una mujer que ocupara su puesto. Amas de llaves se encuentran, y después de algunos intentos desafortunados, la señora de Lautréamont creyó al fin poder felicitarse por haber encontrado una mujer de confianza y de gran honradez. La señorita Agathe reinó a partir de aquella fecha en la antigua Dirección General de Impuestos. Era una persona algo corpulenta, de busto prominente que, afanada, gesticulante, discurría por todos los rincones, con un manojito de llaves a la cintura, un delantal de muaré y aires de señorita Rodomont. Su trabajo no era precisamente silencioso, y de la mañana a la noche se pasaba gritándole a los demás empleados; y la vieja mansión, tan tranquila y muda en tiempos de Gudule, era ahora ensordecedora. Pero es que la señorita Agathe sabía hacerse respetar, eso era todo; daba informes diarios acerca del recibidor o la cocina, o discutía con la cocinera; y la señora de Lautréamont terminó por dejarse engañar por aquellas manifestaciones de ruidosa

abnegación.

¡Ah! ya no era el servicio de Gudule, aquel servicio invisible y silencioso que habríase dicho ejecutado por una sombra; aquellas atenciones delicadas y algo recelosas de una abnegación que se ocultaba; aquella constante vigilancia; aquellas minucias de solterona que adoraba la casa de sus patrones, especie de culto de devota por su parroquia, y todo aquel fervor doméstico que antaño difundía por la casa de los Lautréamont algo similar a un aroma de altar.

Ahora había motas de polvo sobre el mármol de las consolas; los antiguos espejos de los salones ya no eran como el agua transparente de los manantiales, ni los parquet era ya como espejos; pero la costumbre tiene tal fuerza y Gudule había creado tal leyenda que aún se seguía citando la antigua Dirección General de Impuestos con las habituales reflexiones sobre la casa más cuidada del departamento.

Y ocurrió que a unos seis meses de aquello (era mediados de noviembre y Gudule había fallecido en marzo), una noche, la señora de Lautréamont despertó bruscamente al señor de Lautréamont y con una voz algo cambiada, sin encender siquiera la lámpara: «Héctor -le dijo- ¡qué extraño! ¡escuche! parece la forma de barrer de Gudule.»

El señor de Lautréamont, de bastante mal humor, y como hombre medio dormido, refunfuñó diciendo que estaba loca; pero una gran emoción dominaba a la señora de Lautréamont y la sacudía con tal temblor, que aquel modelo de maridos terminó por despertarse y prestar atención a las divagaciones de su esposa. «Le aseguro que hay alguien ahí -decía- en el rellano del primer piso, delante de la puerta de nuestro dormitorio. Oigo pasos, pero ¿por qué ese ruido de escoba? Espere, ahora se aleja, barre al fondo del vestíbulo. Le aseguro que es su forma de barrer: la conozco bien.» La señora de Lautréamont no se atrevía siquiera a pronunciar el nombre de la antigua criada, y el señor de Lautréamont, comprendiéndola, dijo: «¡De verdad que esa chica sigue dándole vueltas en la cabeza! Está soñando despierta, querida amiga, le aseguro que no hay nada; el aire está tan tranquilo que no se oye siquiera una hoja removerse. Es que no puede digerir la cena. ¿Quiere que le prepare una taza de te?»

Pero, movida como por un resorte, la señora de Lautréamont, temblando, se había levantado y, corriendo descalza por el dormitorio, iba a entreabrir la puerta. La volvió a cerrar con un grito horroroso. De un salto el señor de Lautréamont se encontraba junto a ella, y sin comprender aquella especie de locura, la trasladaba casi inanimada a un sofá en el que se dejaba caer y permanecía durante unos minutos sin poder hablar; recuperaba por fin la voz y en el dormitorio ahora ya iluminado decía: «¡Es ella! la he visto como lo estoy viendo a usted; estaba ahí, barriendo y frotando el parquet del vestíbulo, con el vestido de estameña que le conocimos, con un gorro como cuando vivía, pero tan pálida, tan lívida! ¡Ah! ¡qué cara de cementerio! Habrá que ofrecer misas por su alma, amigo mío!» El señor de Lautréamont calmaba a su

mujer como podía pero no permanecía menos inquieto y pensativo: se han visto cosas aún más misteriosas.

La noche siguiente, la alucinación de la señora de Lautréamont se repetía. Temblando, con los dientes apretados por el terror, oía esta vez a la criada fallecida encerar, frotar el rellano moviendo rápidamente sus pies provistos de cepillos. ¿El miedo será contagioso? En el silencio de la gran mansión dormida el señor de Lautréamont oía esta vez el ruido y pese a que su mujer se asía fuertemente a su brazo por el pánico, iba intrépidamente a abrir la puerta y miraba.

Todo el vello se le erizó sobre la piel sudorosa: la silueta desbaratada de la criada difunta se agitaba como una marioneta fúnebre, en mitad del vestíbulo desierto, la ventana que iluminaba la escalera, la bañaba con un resplandor de luna y, en el rayo luminoso y azul, la muerta pasaba y volvía a pasar, cepillando, frotando, presa de una febril agitación; habríase dicho que realizaba un trabajo impuesto a una condenada, y el señor de Lautréamont, cuando ella pasaba por delante de él, vio claramente gotas de sudor sobre su cráneo ya pulido. Volvía a cerrar la puerta bruscamente, aterrorizado y convencido. «Tiene razón -decía simplemente al volver junto a su esposa-: habrá que encargar algunas misas por esta mujer.»

Se celebraron diez misas por la difunta, diez misas rezadas a las que asistieron el señor y la señora de Lautremont con todos sus empleados, y Gudule no volvió a realizar el trabajo de la señorita Agathe durante las claras noches de noviembre.